

EL PENSIL DE IBERIA.

REVISTA UNIVERSAL CONTEMPORANEA.

COLABORADORES.

| | | | |
|---|------------------------------|-------------------------------------|------------------------|
| Sra. D. ^a Margarita P. de Celis. | Sr. D. Andrés G. de Gaviria. | Sr. D. Francisco de S. Brandau. | Sr. D. Manuel Jimenez. |
| „ María J. Zapata. | „ Benigno J. Martinez. | „ Joaquin M. ^a da-Silva. | „ Narciso Monturiol. |
| „ Rosa Butler. | „ Domingo de la Vega. | „ Joaquin M. Martos. | „ Roberto Robert. |
| „ Rosa Marina. | „ Federico Ferredon. | „ Joaquin Fiol. | „ Romualdo Lafuente. |
| Sr. D. Antonio I. Cervera. | „ Federico Beltran. | „ José Bartorelo. | „ Roque Barcia. |
| „ Antonio Quiles. | „ Fernando Garrido. | „ José Francisco Vich. | „ Sixto Cámara. |
| „ Antonio Negrete. | „ Francisco P. de Puente. | „ José Moreno Fuentes. | |

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION.—*El Pensil de Iberia* se reparte los dias 10, 20 y 30 de cada mes, y consta de cuatro pliegos de esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION PAGADA ADELANTADA.—En Cádiz: Un mes, 3 rs.—Tres, 8.—Seis, 15.—Un año, 28.—En provincias: Un mes, 4 rs.—Tres, 10.—Seis, 19.—Un año, 35.—En Ultramar

y el extranjero: Tres meses, 57.—Seis, 110.—Un año, 200.—Se suscribe en Cádiz, en la Administracion, calle del Sacramento, núm. 33, (á donde se dirigirán toda clase de reclamaciones); en la librería de la Revista Médica y en la encuadernacion de Fábregas, calle de la Verónica.

En provincias, en las principales librerías.

SUMARIO.—Advertencia importante.—Consideraciones sobre la guerra.—Derechos y mision de la muger.—Leyendas morales. Las hijas de Magdalena.—Jorge Sand.—Cuatro meses en París.—Correspondencia particular del Pensil de Iberia.—Anuncios.—Puntos de suscripcion.

Advertencia importante.

Recomendamos á los Sres. suscritores y correspondientes que se tomen siempre el trabajo de ver la *Correspondencia particular del Pensil de Iberia*, que desde este número empezamos á publicar en la última plana del periódico, pues en ella responderemos á sus comunicaciones.

CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA.

I.

De todos los males que desolan el mundo, la guerra es sin disputa el mas funesto, y al mismo tiempo, cosa extraña, el mas generalizado, el que con mas frecuencia se repite.

Recorred los anales de las naciones, y encontrareis que la guerra ocupa en ellos la mayor parte. Leyéndolos, no puede uno menos de preguntarse lleno de asombro: ¿cuál es la causa de esta increíble multitud de combates y de batallas, y qué es lo que ha podido tener siempre así al hombre en lucha con sus semejantes?

Los historiadores nos han revelado esta desconsoladora multiplicidad de desastres, es cierto; han horrorizado nuestras almas, refiriéndonos con impasible crueldad el número de las víctimas, las comarcas regadas con la sangre de los hombres, las ciudades incendiadas, las naciones destruidas; pero los poetas han ido mucho mas lejos: han glorificado la guerra, consagrando infansta profanacion! la mas bella y encantadora de las artes á preconizar sus atrocidades, á enaltecer los monstruos que se empapaban en la sangre de sus hermanos!!!

Desde la Odisea á la Araucana, desde la Iliada hasta la Henriada, la guerra ha dado á los poetas el asunto de casi todos los poemas, á que deben sus títulos á la inmortalidad. El mismo Virgilio ha osado principiar la Eneida con estas palabras: "Yo canto los combates..." Desgraciadamente no le han faltado imitadores; sin hablar del Tasso, ¿no ha dicho Voltaire:

Yo canto este héroe que reina sobre Francia

Por derecho de conquista y por derecho de nacimiento?

El mundo entero, seducido, fascinado por los armoniosos acentos de la poesía, se ha dejado enganchar al carro de la guerra, y ha levantado templos y altares en los que ¡insensato! le ha ofrecido homenajes, adoracion y culto bajo los nombres de Marte y de Belona. ¿Quién ignora que en la mitología pagana, señora del mundo cientos y miles de años, la guerra ocupa entre sus divinidades los asientos mas preeminentes?

Desde entonces perdieron las palabras su verdadero significado: el furor, que lleva al hombre á derramar la sangre de su semejante, fué decorado con el pomposo título de *valor guerrero*; los actos feroces de este frenesí criminal fueron *hazañas*; los destructores de hombres se llamaron *héroes*; y sus robos, saqueos, pillages y horribles carnicerías, *victorias* y *triumfos*. El mundo fué convertido en vasto palenque de devastacion, en el que desde Nemrod hasta Bonaparte, desde Alejandro hasta Cortés, todos los ambiciosos se precipitaron simultánea y sucesivamente; y para colmo de desgracias la opinion pública se apresuró á completar la apoteosis de la guerra, ornando solemnemente con coronas ensangrentadas, llamadas laureles, las frentes de los mas grandes entre los egectores de altas obras de violencia, de opresion y de muerte!

Fácilmente se concibe que esta lamentable aberracion invadiera el espíritu de los pueblos antiguos, dominados por el paganismo; ¿pero no era justo esperar que la influencia de la religion cristiana, religion de amor y de paz, haria desaparecer para siempre esta bárbara costumbre, haciendo sufrir al feroz Marte la misma suerte que á la impúdica Venus y al criminal Júpiter?

Desgraciadamente no ha sucedido así: sin embargo, á este deplorable fenómeno puede, como á todos, en-



contrársele una causa, que la historia se encarga de explicar.

El cristianismo fué tan perseguido por los emperadores, como bien recibido y aceptado por los reyes bárbaros del Norte, cuyas hordas formidables, asaltando por todos sus flancos el colosal imperio de la ciudad *Eterna*, acabaron por destruirlo y repartirse entre sí sus restos ensangrentados. ¡Elocuente lección, que siempre debieran tener presente los opresores! porque entonces se vió á la guerra, que servia de base, de medio de existencia y de engrandecimiento al gigantesco poder de los romanos, encargarse de destruirlo! ¡Justo castigo del cielo! Entonces se verificó del modo mas solemne, mas sorprendente y terrible la palabra de Cristo, *quien á hierro mata á hierro muere*. ¿Cómo admirarse de que los bárbaros vencedores de Roma conservaran sus costumbres guerreras aun bajo el imperio de una religion de paz y de amor, ni de que encargasen á sus nuevas creencias la bendición de sus armas fraticidas?

No debemos, pues, admirarnos de que el furor guerrero subsistiera en los siglos de ignorancia y de barbarie, en la que, si no su justificación, se encuentra su disculpa; lo que sí debemos deplorar y sentir, lo que nos debería sorprender, si no estuviéramos desgraciadamente hartos de saberlo, es que á pesar de la religion de Cristo y de los decantados progresos de la civilización moderna, esta plaga cruel haya llegado hasta nuestros días.

Hénos aquí, en la mitad del siglo XIX, despues de cerca de dos mil años de religion cristiana y de progreso social, á nosotros que nos honramos con los gloriosos títulos de cristianos y de cultos, desobedeciendo de una manera indigna y palpable la ley de Cristo, ley de caridad, de amor y de paz, que prescribe á los hombres amarse como hermanos, como hijos de un mismo padre, y entregándonos á los furores de la guerra con el mismo ardor que los bárbaros de la antigüedad!!!

¡Ah! que todos los verdaderos amigos de la humanidad, que todos los que saben que la guerra es el mas implacable enemigo de la independencia de las naciones, y que la muerte de la libertad es su primer resultado, que todos los hombres sensatos y morales se coaliguen al fin contra las causas de las perturbaciones de la paz del mundo, y que su santa confederación conserve escrupulosamente el sagrado depósito de los principios de la moral y de la humanidad! Ya es tiempo de que las naciones se desengañen y olviden las criminales y estúpidas máximas transmitidas y propagadas siempre con una increíble perseverancia por los enemigos de la felicidad del género humano.

¡Qué! ¿las naciones estarán fatalmente destinadas á destruirse periódica y recíprocamente? No podrá un pueblo ser grande, rico y feliz, si no á costa de la ruina, la esclavitud y la desgracia de los otros? No, no; los pueblos como los hombres son hermanos; todos tienen las mismas necesidades, los mismos intereses; todos deben formar los mismos votos y dirigir al cielo las mismas plegarias. Ellos se deben la mútua comunicación de sus luces, de sus riquezas físicas é intelectuales: se deben ayudar en la adversidad, porque solo formando una justa é indisoluble alianza, podrán llegar á ver realizados los gloriosos destinos de paz, de union y armonía que Dios reserva á la humanidad regenerada. La sola rivalidad que debe existir entre ellos, es la noble y santa emulacion de la virtud, de la filantropía y de la moral: fuera de esta senda, su ambición no podría ser justa ni legítima, ni útil para ellos, ni bien-

hechora para la humanidad. Los conquistadores y opresores de las naciones son los enemigos mas terribles de la doctrina de Cristo.

Filósofos, inventores, agricultores, filántropos, artistas, sabios, vosotros todos los que ilustrais, enriqueceis, honrais, alimentais á las naciones, unios á nosotros para protestar contra la guerra y sus iniquidades. Ella destruye vuestras divinas obras; ayudadnos, pues, á destruir sus gérmenes odiosos en el corazón de las naciones, porque solo entonces podreis con tranquilidad recoger los instrumentos del trabajo, y elevando imperecederos monumentos, produciendo las maravillas que vuestra mente encierra, elevar á la humana especie al apogeo de la abundancia, del bienestar, de la paz y de la gloria.

Dichosos combates, que no costaban lágrimas ni sangre; y que de cualquier lado que se coloque la victoria, no faltarán laureles para los vencidos; felices tambien al ver que lo que ellos no pudieron producir, otros lo alcanzaron en beneficio de la humanidad.

Cuán bárbaros, cuán necios aparecerán entonces á sus ojos estos siglos, en que, armados hasta los dientes, derrochando miles de millones, los mal llamados pueblos cristianos no piensan mas que en prepararse para la destrucción, inventando máquinas horribles, destinadas á esterminar por millares las criaturas humanas! Con cuánta justicia serán las naciones de hoy calificadas de idólatras y de ateas, de enemigas de la moral y de la religion, que sin embargo tienen siempre en la boca y que parecen ser los móviles de su conducta!

FERNANDO GARRIDO.

DERECHOS Y MISION DE LA MUGER

POR

A. J. DAVIS.

(Traducido libremente del inglés, aumentado y anotado por el que suscribe.)

(CONTINUACION.)

La influencia de la madre sobre el hijo es casi incalculable: asociada con él está continuamente: el padre lo vé de cuando en cuando. La madre está familiarizada con sus necesidades, sus pasiones y sus impulsos, al paso que el padre, si presencia alguna vez las manifestaciones del desarrollo de sus instintos, ni comprende su origen, ni el verdadero modo de educarlos ni dirigirlos. La madre puede simpatizar con sus mas leves movimientos y espontáneas atracciones; comprender la oculta causa de su impetuosidad ó inquietud; perdonar, subyugar, y moderar los ímpetus del tierno infante, cosa que le sería imposible al padre, desconociendo el origen de ellos, y mucho mas imposible hacer entrar en dulce calma las tempestades infantiles.

Si sobrevienen disturbios, si se levantan violentas disputas y altercados en el aposento de sus hijos, la madre sabe qué lugar ocupa cada uno de ellos —cómo acercarse al mas pequeño, cómo amonestar á este otro, cómo hacer entrar con suavidad en órden á aquel; pero el padre naturalmente nada sabe de estos secretos: puede con adusto ceño reprimir el disturbio, puede, tomando medidas coercitivas y perentorias, restablecer por el pronto la calma, obediencia y armonía entre los hijos; pero no puede, como la madre, hacer entrar con solo sus halagos en dulce

y magnético sueño aquellos conturbados frutos de su amoroso corazón.

El hijo es naturalmente atraído al corazón de su madre, santuario de su alma; pero hay madres, que rechazan y abusan de los tiernos espíritus, que así buscan su nativa casa en el seno maternal. ¡Oh Dios! mas les valiera no haber nacido, ó lanzarse de nuevo á su natal etérea region.

Cuando el niño es injuriado, ó maltratado, espontánea é intuitivamente descubre á su madre las cosas por que le pregunta. En el silencio de la tarde, en las horas de tranquilidad, querrá el niño contemplar la cara de su madre, penetrará en su corazón, guardará silencio para escuchar su espíritu, y sacar así de lo mas íntimo de su alma impresiones de maternal ternura y amor. Y en momentos tales, la madre puede, y, en verdad, á menudo le ha dado una sentencia comprehensiva, le ha impreso un pensamiento ó desarrollado un impulso en su joven entendimiento, que formando allí un canal, por él le ha dado dirección á cada uno de sus subsiguientes deseos y empresas.

La madre daguerreotipa su constitucion y hábitos sobre el hijo, y aunque la educacion pedagógica y el comercio con el mundo puedan despues modificar y oscurecer en gran manera sus primeras impresiones, sin embargo hay momentos en que la *naturaleza* y la *intuición* traspasan la cultura y las costumbres superficiales, y el espíritu no puede por menos que *oir y obedecer* interiormente al susurro y moniciones del corazón materno; á sus dulces, blandas inspiraciones, que hicieron eco en su memoria; y el entendimiento, como irritado, abre sus páginas; y sobre la primera hoja desdoblada lee lo que la mano de la madre habia trazado.

Los mas nobles filósofos de la Grecia no pudieron resistir al impulso de citar en sus obras muchos axiomas y principios de vida del vocabulario de las amas de leche.

El mas rudo é indómito marinero, por osado y sereno que esté en los momentos en que lucha para salvarse de un naufragio inevitable, derramará una lágrima; pero no será la que le arranque el temor de perder su vida en la catástrofe, sino el recuerdo de su Madre!

El grande y poderoso legislador de Francia, Lamartine, aunque enriquecido su entendimiento con el estudio de las mas sublimes inspiraciones de los poetas y filósofos que le precedieron, no pudo por menos que volver á los recuerdos de su niñez, en sus llamamientos al pueblo. Ellos indeleblemente escritos en las primeras páginas de su alma, aumentaron no poco su influencia en las masas, haciéndolas ir adelante con la simple enunciaci6n de las verdades naturales y divinas, que á todos nos es dado buscarlas en el fondo de nuestras almas, cuando desprendernos en lo posible sabemos del cieno material que nos envuelve.

Aunque sin conciencia y como por instinto los sistemas religiosos católico y protestante han reconocido esta influencia de las madres sobre sus hijos, y la inesplicable importancia de su posición en la formaci6n y perfeccionamiento de las sociedades y del mundo. Sus consideraciones, no por el esposo de María, sino por María como madre del Salvador, se ha llevado no solo hasta la idolatría, sino hasta reconocer la importancia de la absoluta inseparabilidad de su existencia y constitucion con la mision y destino de Jesus (1).

(1) Y no obstante esto, no obstante que cual eco prolongado los toques de la oraci6n recuerdan cada dia al

Justo es que el hombre reconozca y confiese que de la muger emanan los elementos que han de servir para la construcci6n armónica del edificio social; y no es justo ni prudente desconocer esta verdad, y tratar de oscurecerla, retardando así la libertad, educaci6n y elevaci6n de la muger, de lo cual depende el bienestar de todo el género humano.

La esfera de la niñez es un jardín, y su cultivo está encomendado casi esclusivamente á la muger. En este jardín el amor (la muger) está en casa; los gérmenes inmortales de la constitucion y carácter individual están depositados en el rico suelo del alma; de allí brotan las mas tiernas yemas del sentimiento, y la donosa jardinera las cuida y protege dia y noche.

La madre sabe *cómo, cuándo* y por *dónde* el juvenil pimpollo asoma, el por qué y el sitio de aparici6n de las espinas, que la flor del espíritu ha desarrollado en la marcha de su florecencia, y no hay mano mas hábil, diestra y bella que la mano maternal, para evitar que las espinas dañen á las flores, acumuladas entre ellas. La madre, con la mayor ternura, quita y destruye la mala yerba (ó errores) que encontrar pueda en el espacioso jardín, que tan esmeradamente cuida: ella sostiene y defiende la tierna planta de las tormentas y

orbe cristiano la exaltaci6n de la muger en María, cuando ha diez y nueve siglos un mensajero celeste la saludó diciendo: ¡Ave. María,—Gracia plena—el Señor es contigo! el sexo fuerte en general, los espíritus dormidos y celosos aun no han comprendido esas palabras, que anuncian al mundo la eversi6n de todas las relaciones, y el restablecimiento del órden original. Palabras que hicieron prorumpir á María *„Magnificat anima mea Dominum.* Mi espíritu se exalta en Dios mi Salvador, porque el que es Todopoderoso viene á cumplir en mí grandes cosas! „Y bajo el resplandor de tan adorable milagro, ofuscado el mundo de la soberbia y el poder, aun no vé todo lo que ese hecho ha trastornado la antigua constitucion de la *familia caída*, de la que han desaparecido todas sus formas opresivas y rigurosas, y desde la Redenci6n va siendo, y cada vez lo será mas, un vivo trasunto del misterioso cuadro de la Santa Familia. ¡Y qué! ¿será en vano que la Iglesia lo esponga en todas sus capillas, y lo reproduzca y esparza por do quier en innumerables estampas, y en vano que la Providencia prolongue su leccion durante los siglos, haciendo que sus Angeles Custodios conduzcan el pincel de Rafael y de Correggio, de Poussin y de Murillo para eternizar en vivo colorido la radiante expresi6n de la familia santa?

Mirad, pues, al cielo y sobre toda la tierra, en el cuadro milagroso, y en la pobre estampa iluminada: mirad:

El Padre, el que no ha mucho tenia la *omnipotencia*, la *absoluta dominaci6n*, el *derecho de vida y muerte*, hélo ahí padre *simplemente adoptivo*, director de los intereses materiales de la familia, colocándose él mismo en segundo lugar, y considerándose feliz con inclinarse ante el título superior de la madre y del hijo. La madre predomina; es la educadora espiritual; por otra parte una elecci6n milagrosa la consagra; no solamente es bendita entre todas las mugeres, sino bendita sobre todos los hombres. El hijo es adorado, honrado; es el Dios de la familia, como lo será en breve el Dios de la humanidad. Del seno de esta familia sagrada va á salir la nueva ley del género humano, y el hijo es quien será el Revelador.

Tal es la familia de María, que el Padre celestial, que el Espíritu divino dirige por el atractivo misterioso y suave del amor. Así toda noci6n anterior ha sido destruida, pues el padre y la madre no son mas que ternura infinita para este hijo, que el amor solo podrá someter, pues que su naturaleza por sí misma no es mas que amor. Independiente, adorado, espontáneamente sometido por pura afecci6n: hé aquí el triple carácter del niño en la Santa Familia.

tempestades de la pasión, que á pervertirse empieza desde que la toca el hálito impuro de la subersiva sociedad, y su campo de labor exhala deliciosa fragancia de ternura y amor: ella emplea los instrumentos mas escogidos y delicados para desarrollar á cada individuo, y en su jardín traza ninguna vése de violencia ó impetuosidad. Pero el padre menos manso y severo queriendo acelerar el cultivo de la tierna planta, le arranca violentamente las espinas, y emplea medios adecuados para llevar á perfecto desarrollo el juvenil entendimiento, y en vez de hacer de él un foco de amabilidad, ternura y afecto, quisiera se desenvolviesen en su alma instintos fieros y varoniles, para hacerse hombre, como vulgarmente se dice, y conservar la casta de fieras.

Pero dícese que la muger es demasiado débil, condescendiente é irresoluta para comunicar á los hijos perfectos hábitos de pensamiento, deseo y acción, y aun se ha llegado á asegurar que por su blandura de carácter es inhábil para sostener entre los hijos una correcta disciplina; mas cuán obtusos deben ser aquellos entendimientos que así juzgan de la muger, cuando explicarse no han sabido el por qué de la debilidad femenina en el gobierno de la familia. En otro lugar hemos dicho que la muger no sabe de sí mas que el hombre sabe de ella: derechos tiene esta, que no los reclama á aquel, porque generalmente ignora sus naturales atracciones, su misión, y ni aun sabe qué pedir; pero nos encargaremos de informarla de las justas reclamaciones que á la sociedad debe hacer, y la ayudaremos en tan laudable empresa.

Primero: la muger construye los fundamentos de la sociedad—su posición y organización la impulsan y compelen á ello—y por tanto, es necesario educarla en este sentido, y hacerla comprender, que, natural y filosóficamente considerado, el elemento femenino está constituido enteramente de divino amor; es la incorporación del principio Amor—debe hacersele comprender que el verdadero casamiento es la mas divina, sagrada y eterna de todas las relaciones en que el alma humana entra; que este no consiste, ni se efectúa jamás, á influjo de la adulación, personales encantos, riqueza, educación ó perpetuo engaño—sino por una recíproca y espontánea elección de los amantes, por una verdadera unión ó identificación de sus almas, por las leyes en fin de afinidad interior, y la eterna ley de Asociación; necesita comprender que solo así los casamientos son de eterna duración—que cada espíritu, encarnando, anima una organización que será perfecta ó imperfecta, conforme á la dirección y estructura originalmente impresa al alma y al cuerpo—y necesita ser instruida en estas cosas, no de una manera viciosa, perversa ó cruel, como acontece por lo regular en todos los focos de instrucción oficiales—sino recibiendo la divina luz de algun paternal compañero ó instructor con el cual congenie, y esté dotado de la mas pura filosofía y de verdadera religión.

Sea así instruida la naciente generación, y aquellas mugeres que reciban y obren según estos principios de humano perfeccionamiento, lo transmitirán á su descendencia, y así no se acusará mas á la muger de que „pervierte á sus hijos” ó no despliega toda la vigilancia y energía debidas para el cultivo de las plantas y flores en los jardines de la niñez.

Vamos á considerar ahora á la muger en su segunda esfera de acción—en la esfera de la familia. Según es la organización y educación del espíritu femenino, así será el hogar doméstico que presente al esposo

é hijos; y pensamos, no se nos negará, que el hombre es generalmente un reflejo de las costumbres que se engendran en lo que se llama su propia casa. La presencia allí de la muger es el espíritu de su vida—la fuente central de sus alegrías y actos intelectuales—y sin ella, es inculto, le falta amabilidad y magestad. Ella despliega suma gracia y facilidad para el desempeño de sus varias domésticas vocaciones, y de su pecho se exhala una atmósfera de infinito amor, que el que la aspira impregnado queda de pureza, refinamiento y felicidad. Su corazón se manifiesta en sus obras, y sus nobles, generosas y variadas pulsaciones siéntense al través de las venas y arterias de toda la casa. La armonía en las regulaciones de la familia desarrolla la armonía en cada individuo; porque la acción y reacción son inevitables resultados de la vida y animación. La casa es una realidad, y la realidad ha engendrado la palabra que implica ideas de afecto é internas atracciones, y que por su dulzura se aproxima á la idea de madre, y de una manera análoga la espresan todas las lenguas y la comprende cada corazón.

José BARTORELO.

ERRATA.—En la página dos del número anterior, donde dice (línea 7 de arriba): por medio de la *influencia*, familia—léase: por medio de la *familia* influencia.

LEYENDAS MORALES.

LAS HIJAS DE MAGDALENA.

El que no se habia desdenado de inclinarse hácia los niños ni de mezclarse con los trabajadores, se fué una noche por las calles de la gran ciudad á buscar las mugeres pecadoras.

Y viéndolas errantes á la luz de las lámparas con la sonrisa en los labios y la muerte en el corazón, con flores en la frente y los pies en el lodo, lloró pensando en María.

Y las miraba con inefable tristeza, considerando que en cada una de aquellas infortunadas habia un alma y un corazón.

Una de ellas se le acercó, y él mirándola dolorosamente la dijo:

—¿Qué quieres, hija mía?

—Que me perdoneis, respondió ella reconociéndolo.

—Y Jesús la dijo:

—Tú me conoces, porque has sufrido mucho, ¿qué puedo hacer por tí, hija mía? Puedo perdonarte, ¿pero cómo haré para que te perdones á tí misma. Mi padre te habia criado para vivir pura y ser Madre. ¿Cómo has caído en tan espantosa abyección?

—Porque no podia vivir, y no tenia valor para morir, respondió llorando la pobre muger.

—Y para vivir te has condenado á morir todos los días? ¿Qué encuentras de agradable en la vida para desear conservarla?

—Maestro, respondió ella, cuando los hombres me pagan por ultrajarme, no soy yo la culpable del mal que ellos me hacen: pero si hubiera alzado las manos contra mí misma hubiera tenido que responder ante Dios del crimen de mi muerte.

—Muger, piensas sabiamente. Has sido débil y la sociedad no te ha sostenido; por eso eres contra ella una acusación viviente, y cada una de tus humillaciones les será contada como un homicidio.

Cada uno de esos hombres que creen te pueden poseer como una vil mercadería ha tenido una madre y no piensa que á tí tambien te habia destinado el cielo á ser madre.

Puede ser que tenga una hermana, que piensa que tú podrias ser hermana suya.

Tambien puede ser que tenga una novia y no piensa lo que él sufriría si alguno envileciera así su prometida. Porque toda muger, es una prometida de la humanidad; y la sociedad debe á cada una de ellas, un esposo en cambio de su virtud.

Sepárate de mí, ¡oh pobre hija mia! mi presencia te hace mal y te cubres de vergüenza; quisieras amarme y no te atreves á mirarme cara á cara porque ves en mí el hombre puro, y en tí una pobre muger degradada.

El mundo te desprecia porque te ha corrompido, y á mí me desprecia porque no ha podido corromperme. Ya ves cuán inicuos son sus juicios, y cómo no deben desesperar á tu corazon.

Pobre criatura que por haber sido débil, sufres ahora lo que espantaria á las naturalezas mas fuertes.

Eres una víctima del mundo y por eso tendré piedad de tí.

Cuando el Cristo murió sobre la Cruz, lloraba á sus pies Magdalena la pecadora, y él era feliz muriendo por ella.

Porque Dios ama á los que el mundo abandona, y bendice á los que el mundo ultraja.

Aléjate de mí, hija mia, y encierra tu dolor en tu alma como una esperanza.

Llora interiormente cuando las tristes necesidades de tu vida te obligan á sonreír.

Has prostituido tu cuerpo, no prostituyas tu alma jamás. Tu cuerpo será purificado por la destruccion, y el recuerdo de tu pérdida caerá con tu forma perecedera en el olvido de las tumbas.

El alma es inmortal; y sus aspiraciones dolorosas hácia la virtud vivirán con ella: el cuerpo es mortal, y las faltas que de él vienen y que lo mancillan se irán con él en la muerte.

Pobre ángel caído en el infierno! no te causes de dirigir al cielo tus miradas y no desesperes de tu salud: porque los que te han perdido son mas culpables que tú, y tendrás el derecho de pedir justicia contra ellos!

—Yo les perdono, respondió la muger, que su castigo está en ser malos: si hubieran sido mejores hubieran sido mas felices. ¿Y cómo hubieran sido buenos para mí, si no sabian serlo para sí mismos?

—Id en paz y esperad vuestra salvacion, dijo Jesus; no habeis sido virtuosa, es vuestra falta, pero acaso es mas la falta del mundo que la vuestra; sin embargo, sois buena y esto pertenece á vuestro corazon y no puede quitároslo el mundo. Dios os perdonará así como perdonais á los que os han hecho mal. Tened valor y procurad salir del vicio. Que ningun trabajo os repugne, ni os detengan esfuerzos ni sacrificios.

Valor, hija mia, levantaos y esperad! Que vuestro corazon se purifique y Dios no os abandonará.

No os perdonará el mundo jamás, porque siendo mas culpable que vos, ni tiene el derecho ni la generosidad de perdonar; pero Dios os amará, como el padre de familia al hijo pródigo, y vuestras mismas faltas, que os serán eternamente dolorosas por el arrepentimiento, serán para vos sufrimientos espiatorios y títulos á la corona del martirio.

Y diciendo estas palabras se alejó Jesus porque la

pobre muger lloraba y gemia, y no tenia ya fuerzas bastantes para oír mas.

Jesus pasó en seguida por delante de otras mugeres que no le conocieron, y á las cuales no dirigió la palabra, porque estaban ya embrutecidas en el vicio y contentas con su bajeza amando el desórden y odiando el bien. Las consideró como infelices enfermos delirantes y rogó silenciosamente por ellas.

Y él vió otras cuya vida era una continua embriaguez, y que se aturdián para olvidar, y él las comparaba á los desgraciados que han perdido la razon; pero aun las compadecia mas porque su locura era voluntaria.

Pero él no maldijo á ninguna de aquellas mugeres porque todas eran desgraciadas, y por el contrario se condolió y las amó porque son despreciadas de todos.

Y habia hombres que pasaban por la calle insultando á aquellas infelices.

Jesus se acercó á ellos y les dijo:

—Sin duda teneis pudor, cuando rechazais á esas mugeres que no lo tienen.

Sin duda conoceis la santidad del amor, cuando ultrajais á esas mugeres que venden sus deplorables caricias.

Sin duda respetais el sexo de vuestra madre y de la que será madre de vuestros hijos, puesto que despreciáis á esas mugeres que perdieron su dignidad maternal.

—¿Qué te importa? respondieron groseramente aquellos hombres. Hacemos lo que nos dá la gana, defensor de cortesanas.

Y Jesus les dijo:

—Si esas criaturas son despreciables ¿qué sereis vosotros que las envileceis?

Porque de vuestra lascivia es de quien son ellas servidoras, y si no hubiera hombres como vosotros, no habria mugeres como esas.

Vosotros sabeis que segun la ley de la naturaleza, el marido es el jefe de la sociedad conyugal, y que por lo tanto es responsable ante los hombres, de los desórdenes de su muger.

Y yo digo que delante de Dios la muger legítima del hombre inmoral y corrompido es la muger prostituida, y que él debe ser responsable de los desórdenes de aquella que es habitualmente su compañera. Y como todo hombre que se une íntimamente con una muger, se confunde con ella, cuando ultrajais á esas pobres criaturas, vuestros insultos recaen sobre vosotros y sois vosotros solos quien los merece.

Si pues los hombres no pueden ser verdaderamente dignos sino cuando lo son las mujeres, deshonorarlas es deshonoraros y deshorrar á vuestras hijas sobre las que caen vuestras faltas.

Oyendo estos razonamientos los hombres estaban confusos y se mordían la lengua de cólera, pero ninguno se atrevió á amenazar ni á injuriar á Jesus, que les hablaba con firmeza, y son generalmente cobardes los que insultan á las mugeres. Se contentaron con murmurar entre sí, balbuceando en voz baja, injurias y groserías.

Jesus les volvió la espalda y se alejó, y ellos ni siquiera sospecharon quien era el que les acababa de hablar.

ROSA MARINA.

JORGE SAND.

(CONTINUACION.)

Durante los primeros meses que siguieron á su entrada en las *Dames-Anglaises*, la impetuosa Aurora dió tanto tormento á todas sus maestras, que se deliberó, segun dicen, si se habia de espulsar á esta pensionista, cuya fogosidad y aturdimiento producian la turbacion del apacible rebaño. Quizá se hubiera adoptado esta extrema resolucion, si, por un cambio tan súbito como inesperado, la pequeña Aurora no se hubiese puesto desconocida.

Su ardiente imaginacion se entusiasmó ante la pompa y magestad de las ceremonias del catolicismo; la brusca transicion de una vida tan agitada como la que habia tenido en las orillas del Indre, á los hábitos uniformes del claustro, produjo en ella una profunda impresion. Esta niña, educada á lo *Juan Jacobo*, que habia ido á París sabiendo apenas hacer la señal de la cruz, y que conocia las crónicas de la antigua corte mucho mejor que el catecismo, se lanzó de repente en una devocion tan fervorosa, que la regla de la casa no le pareció muy luego bastante severa. La superiora, espantada de su ascetismo, debió interponerse para temperar aquel esceso de fervor, y se pasaron todas las penas del mundo en hacerle comprender que, siendo heredera única de una gran fortuna y estando llamada á figurar entre la nobleza francesa, no debía sujetarse á la rigidez de las prácticas del claustro, como aquellas de sus compañeras que se destinaban á la vida religiosa.

La señorita Dupin permaneció en el convento de la calle de los Yosses-Saint-Victor hasta la edad de 18 años, en cuyo tiempo volvió al castillo de Nohant donde asistió á los últimos momentos de su madre. Huérfana á los 18 años, se la hizo casar con M. Casimiro Francisco Dudevant, caballero lugareño, que habia servido bajo el imperio y que representaba bastante bien lo que se ha convenido en llamar un *veterano*. Este matrimonio se habia celebrado bajo auspicios que prometian á los dos esposos medio siglo de felicidad; la señora Dupin habia aportado al matrimonio una dote de quinientos mil francos, suma muy respetable en todas las provincias de Francia y singularmente en la de Berry.

Pero la jóven señora de Dudevant no tardó en experimentar las mas crueles desilusiones. Al salir del convento de las *Dames-Anglaises* con la mente y el corazon llenos de esos raudales de poesía que debía deramar despues en sus numerosas producciones literarias, habia despertado en un mundo que se habia creado fuera de los límites de la realidad. Su marido, por el contrario, era lo que se llama todo un hombre prosáico, ocupado esclusivamente en sus intereses materiales, del cuidado de su inmensa fortuna.

Sin embargo, los primeros años de este enlace se pasaron sin que los vecinos pudieran sospechar que la mas perfecta armonía no reinaba en el castillo de Nohant. M. Dudevant tenia algunas prevenciones en contra de su jóven y bella compañera, y en 1825 la condujo á los baños de los Pirineos. Este viaje, en lugar de disipar las displicentes sombras de la señora de Dudevant, no hizo sino acrecentarlas. Su imaginacion se inflamó al aspecto de las montañas, de su naturaleza salvaje y grandiosa, y el corazon de la mu-

ger, hasta entonces adormido, despertó súbitamente, y el pensamiento del poeta pidió alas para remontarse.

Llega un momento de la vida en que el corazon del artista se desborda á la manera que el límpido arroyuelo, despues de haber corrido mansamente lamiendo apenas sus orillas esmaltadas de flores, se convierte en torrente impetuoso é inunda las praderas que fertilizaba, cuando las lluvias de las tempestades aumentan sin medida el caudal de sus aguas. Y era llegado este momento para la señora de Dudevant. Casi al salir del convento habia perdido á su abuela, su primer guia en la vida, su mas tierna amiga; sola, sin padres, sin apoyo, jóven, rica y huérfana, se habia dejado casar al estilo de otras veces y algo tambien al estilo de hoy. Se le habia proporcionado uno de esos enlaces llamados de *conveniencia* que tantos materiales han suministrado á los escritores que han pedido la reforma del matrimonio. Viva é impresionable como *Indiana*, cándida y entusiasta como *Valentina* y altiva como *Lelia*, se halló unida á un soldado del imperio vuelto á sus hogares, y por consecuencia muy desilusionado. Este marido era un hidalgo de gotera que tomaba la vida en lo que vale y el tiempo por lo que dura; no muy sábio, un poco rudo, y por lo demás el mejor hombre del mundo. Hubiera sido un marido apropiado para una heredera rica, criada en su morada feudal como en un invernáculo, y que no hubiese tenido otros cuidados que las prosáicas ocupaciones domésticas. Pero el arte y la gloria arrebatában á la señora de Dudevant como una presa que no debia escapárseles, y la celebridad la habia ya marcado con su indeleble sello: estaba fatalmente condenada á las alegrías y tribulaciones de la vida literaria.

Sin embargo, la jóven esposa, herida en el corazon en su morada de Nohant, como Safo sobre su roca de Leucate, luchó con valor contra sus sufrimientos, llamando en su apoyo los libros y especialmente las hermosas escenas de la naturaleza, donde halló consuelos inagotables. Frecuentemente se la veia en traje de amazona correr á caballo como la reina Penthesilea, lanzándose con ardor á este violento ejercicio en la esperanza de que, fatigando el cuerpo, llegaria tambien á rendir el espíritu.

No nos pertenece hacer aquí una relacion de esas luchas interiores, ni de las dolorosas escenas cuyo amargo recuerdo ha inspirado despues tan bellas páginas á la ilustre escritora. A Jorge Sand únicamente corresponde el derecho de abrir de par en par las puertas del hogar doméstico y el de dar á conocer al público esta faz de su vida. Sus *MEMORIAS* se están publicando; *Lelia*, *Indiana* y *Valentina* no tienen necesidad de abogados para defenderse, y, si les place acusarse, ellas se acusarán mejor que pudieran hacerlo los mas hábiles biógrafos. Además, se trata aquí, no solamente de una de las glorias de la literatura francesa, si que tambien de una muger, de una madre de familia: *„Incedo per ignes“*, como decia un poeta romano. Séanos permitido referir en apoyo de nuestra reserva una pequeña crónica, tomada de un historiadador inglés.

„Habia en otros tiempos una hermosa jóven llamada lady de Coventry: esta graciosa y noble dama, á cierta hora del día, hacia conducir á un patio interior del castillo que habitaba, un fogoso corcel, sobre el cual se lanzaba á la manera de los salvajes, es decir, sin brida ni silla. Mientras que el bruto relinchaba, botaba y piafaba, la jóven se quitaba uno á uno sus vestidos, dejaba caer á la espalda su blonda y ondu-

lante cabellera, y en seguida hundía las espuelas en los hijares del corcel. Esta extravagante carrera duraba hasta que lady de Coventry caía jadeante y estenuada de fatiga en brazos de sus doncellas.

«Nunca el ojo del hombre, añade el cronista, había sorprendido á la dama sobre su alazan. Pero sucedió que un paje joven, instruido de lo que pasaba por una de las camareras de lady de Coventry, llevó su indiscreción hasta el extremo de esconderse detrás de una venta, desde donde pudo admirar los ocultos encantos de su noble señora: un grito de entusiasmo le descubrió, y lady de Coventry, para castigar al indiscreto, le hizo servir de pasto á sus perros.

«Esta historia, dice el cronista en conclusion, es una lección para los indiscretos y los curiosos que quieren penetrar demasiado en los misterios femeniles.»

Nosotros, que tenemos otras razones para guardar sobre ciertos detalles un respetuoso silencio, nos limitaremos á decir que la señora de Dudevant lloró largo tiempo su libertad perdida, maldiciendo un yugo que muy pronto había de romper. Vaciló, temporizó tanto como duro le era á esta muger de corazón noble y lleno de amor, abandonar el techo conyugal, donde había creído hallar, con las alegrías de familia, los goces del espíritu y la realización de los radiosos ensueños que revoloteaban, como pequeños ángeles, en torno de su frente tan llena de porvenir.

La copa del dolor se iba llenando y acabó por rebosar: un día, hácia el principio de 1828, se buscó inútilmente á la joven señora de Dudevant; se había puesto en fuga.... Pero á donde se había fugado? Esto es lo que por de pronto no se pudo descubrir.

(Se continuará.)

J. GARCIA.

LA TIERRA.

SONETO.

De la nada, jamás! Surjió la tierra
Cual un destello de poder glorioso,
Alzándose gigante portentoso
Con cuantos seres en su seno encierra.

El hombre luego promovió la guerra,
Al débil oprimiendo el poderoso,
E impuso el vasallaje vergonzoso,
Que fé, esperanza y caridad destierra.

Pero á grandiosos fines la destina,
Aunque la vemos yerta y degradada,
La providencia universal, divina;

Que de un átomo suyo fué creada,
Y su espíritu escelso la ilumina:
¡Que la nada jamás produjo nada!

MARGARITA P. DE CELIS.

CUATRO MESES EN PARIS.

(CONTINUACION.)

Hice seña á los mozos del equipage de que me siguieran, y antes de un minuto estaba hablando con los garzones del Hotel Feydeau.

—Combien voulez-vous payer? (Cuánto quiere V. pagar?)

—Quiero pagar lo que sea necesario para que me abran Vds. las puertas de ese entresuelo (había un entresuelo desocupado), y háganme Vds. el favor de darse prisa.

La señora del hotel salió *du Bureau* (de la oficina: aquí todo establecimiento público tiene su oficina) y dispuso que se nos franqueara la habitación. La señora del hotel es gruesa, de alguna edad y fea. A mí me pareció un ángel, ó como dijera un novelista moderno, una virgen aérea de Rafael ó de Murillo. Mi buena y sufrida muger y yo subimos dos tramos, compuestos de 23 escalas, y nos encontramos en un entresuelo lindísimo, con dos balcones á la calle y perfectamente arreglado, como todas las habitaciones francesas.

Los criados de Luisa Noel hicieron entrega del equipage, recibieron su tanto, y se marcharon con los mozos de nuestro hotel; cerré la puerta, me eché sobre el sofá, me quité el sombrero, y arrojé un suspiro. Me parecía mentira que París me diera un entresuelo. ¡Bienaventurado París!

Después que hubimos descansado un instante, nos lavamos, y aun con el polvo del camino encima, salimos á dar una vuelta, como suele decirse.

Bajamos por la calle Feydeau, torcimos á derecha, y á los pocos pasos nos hallamos en la plaza de la Bolsa, cuyo suntuoso palacio descubrimos confusamente entre dos luces.

Ibamos por el ángulo del Norte, y al fulgor de las luces de un café, denominado de las Arcadas, ví escrito en una esquina *Restaurant Champeaux*. Anduvimos mas, y al principio de la fachada de otro edificio, ayudado por cuatro tubos de gas que la decoraban, volví á leer, *Champeaux*, y mas adelante, en letras mayores, *Restaurant Champeaux*, y en el otro extremo *Champeaux*, y muy abajo, casi rayando con la acera, *Restaurant Champeaux*.

No pude menos de decir á mi muger: cosa notable debe ser ese buen restaurant Champeaux, cuando tan de manifiesto se pone, sin temor de que se le descubran las faltas. Vamos á comer, y empujamos la puerta del dicho Champeaux.

Véanos el lector en un salon pequeño, pero adornado de espejos magníficos, de magníficos tubos de gas, y de mesas muy blancas, con un servicio esmerado y gracioso. Según la espresion general, parecía una taza de plata.

No bien nos habíamos sentado en el ángulo de la izquierda, cerca de un espejo donde nos reflejábamos con platos, cubiertos y mesa, cuando nos vimos rodeados de tres mozos. Todos tres iban vestidos de negro frac, corbata blanca, cabeza perfumada, y una servilleta en la mano. Yo quise hacer seña á mi muger de que se levantara, á fin de abandonar el *restaurant Champeaux*; pero no era tiempo. Los caballeros garzones nos habían sitiado, y no había mas remedio que sostener el sitio.

Pero ¿por qué quería yo abandonar el brillante sa-

lon, aquella brillante coquetería del civilizado París? Lo quería abandonar por dos razones.

Primera: porque hay cosas que son como la carne que está podrida; tienen un olor que las denuncia. Yo veía lo que me iba á suceder en el gracioso restaurant Champeaux. Segunda: porque no quería ser servido por caballeros de frac negro, corbata blanca y cabellos de dama galante.

Y cuidado que no soy yo el que niega á un criado, ni á nadie, el derecho que tiene de emplear su dinero como mejor lo entienda, comprándose un frac verde ó azul, y una corbata negra ó amarilla. Cuando un criado, lo mismo que un príncipe, se empeña en ser ridículo, sobre su opinion pesa su ridiculez, así como sobre la opinion del payaso cae la confusion burlesca de los colores que entran en su vestido. Suyo es su dinero, suya su opinion, suya su responsabilidad; á quien toca la empresa toca el peligro, y hasta aquí nada tengo que reparar ni que oponer. Pero el que se quiera hacer de un criado un estado ceremonial; que se quiera hacer de la servidumbre una casta aristocrática; que de un restaurant se pretenda hacer un centro de etiqueta, etiqueta que por respetos tradicionales se sufre hoy difícilmente en una recepcion de embajadores: en menos palabras, que del acto simple y neto de comer en una casa pública, se pretenda hacer una especie de besa-manos palaciego, es una cosa que me repugna y me entristece. ¿No tenemos bastante todavía? ¿Queremos añadir el privilegio imbécil del frac y la corbata en el servicio de una fonda?

Yo conozco que la mesa es una hora de recreo para muchas personas: conozco que quien va á comer pagando su dinero, no debe ver nada que le repugne; esto es muy justo; pero del aseo á una etiqueta impropia; de la decencia al coquetismo; de un servicio decoroso á un servicio refinado y *tonto*; tonto, si no fuera otra cosa peor, hay una distancia que ninguna razon puede llenar. Yo estaria conforme con estas prácticas, cuando una conquista civilizadora hubiera rescatado al *mozo* del cautiverio en que lo tiene la conciencia de este mismo pueblo; cuando de la matrícula social se hubiera borrado la palabra degradante *garzon*; pero la palabra *garzon* está escrita aquí, tiene aquí su esfera propia, constante, determinada: la palabra *garzon* lleva en sí el pensamiento de una raza ilota, menos ilota que la de Esparta; ilota, hasta donde puede consentirlo la civilizacion de nuestros dias; pero ilota, sierva.

La opinion de París me dá el derecho de golpear sobre esta mesa: gritando: *mozo!* é impone al mozo el imprescindible deber de acudir, diciendo: *señor!* El frac negro, la corbata blanca y la cabeza perfumada en el *mozo*, no son el signo de una conquista reparadora en la via del derecho; no suponen una humanidad que se enaltece enalteciendo al hombre; que glorifica al hombre, glorificando el pensamiento de un principio hacedor y universal; no es la historia, redimida á precio de sangre y de virtud en el evangelio; redimida en la cruz á precio de una verdad sublime, de un dolor, sublime tambien; de una paciencia, mas sublime todavía; no es la historia cristiana que pide al mundo el dia magnífico de la moral, no: no es el santo eso que veis ahí; es un trozo de mala madera que se viste de santo, para que sobre el ribete de su pena caiga la ofrenda del nuevo creyente.

(Se continuará.)

ROQUE BARCIA.

Correspondencia particular del Pensil de Iberia.

Cádiz.—Sr. Don J. S. Recibida á su tiempo su favorecida del 23 con los cuatro sellos de á dos rs. Se le agradece, y se acepta su espontánea cooperacion.

Granada.—Sr. Don J. R. E. Recibida su apreciable del 20. Tiene V. abonado en cuenta en el trimestre corriente el importe del anterior que remitió. A Don A. Q. se le han remitido los pliegos de los Montañeses. No deje V. de avisar cualquier reclamacion que ocurra, pues será satisfecha inmediatamente.

Arcos.—Sr. Don F. B. Estimado amigo: he recibido la tuya del 21; espero que cumplirás tu oferta. Por el correo te escribiré mas estensamente.

Valdepeñas de Jaen.—Sr. Don A. P. Lo que observa en la paginatura de los Montañeses es un error del cajista, pero que en nada altera la correlacion del testo. Hallándose V. en deber del último semestre del 58, se le han abonado á V. en cuenta los diez reales recibidos, y esperamos remita V. el resto y el importe del trimestre corriente.

Revellinos.—Sr. Don D. F. F. Recibida su apreciable del 2 del corriente: el importe de la suscripcion puede remitirlo en sellos de á cuatro cuartos. Se pueden remitir á V. todos los números desde Abril del año anterior y la Historia de los Montañeses, cuyo importe son 30 rs. y el de la suscripcion pagada adelantada, un trimestre, diez rvn. La correspondencia la dirigirá V. á la Administracion de este periódico, calle del Sacramento, núm. 33.

Povar.—Sr. Don M. M. V. Recibida su apreciable del 22 de Diciembre del 58, y se le sirve la suscripcion desde 1º de Abril. Puede V. remitir el importe en sellos si le es mas cómodo que en letras.

Zaragoza.—Sr. Don F. Ll. Recibida su apreciable del 21 con los 22 sellos: gracias, y adelante.

Tarrasa.—Sr. Don J. B. Recibida su apreciable del 20 de Abril, se le remiten por este correo los pliegos del 1º al 20 inclusive de los Montañeses. Su importe son 10 rs., que puede remitir en sellos con el importe de su suscripcion. Quedan muy pocos ejemplares completos de los Montañeses: su precio remitiéndolo adelantado en sellos, es 25 rs. Esperamos hará V. lo posible por aumentar en esa la suscripcion.

Jaen.—Sr. Don C. V. Recibida su apreciable del 23 de Abril: por el correo recibirá V. satisfactoria respuesta á todo lo que pregunta.

Lérida.—Sr. Don A. C. Estimado amigo, recibida su apreciable del 24. Por este correo se le remiten los pliegos reclamados, los que le sobran mándelos francos de porte. El importe de su suscripcion de este año puede mandarlo en sellos cuando guste. No dudamos de que hará cuanto pueda por el aumento de la suscripcion, fraternales recuerdos á los amigos.

S. Pedro de Premiá.—J. S. Recibida su favorecida del 20 con los sellos. Le queda abonado el trimestre de Mayo á Julio de 1859.

LA VERDAD.—Periódico de literatura, artes, ciencias y teatros. Se publica en Granada bajo la direccion de D. Antonio Quiles. Sale cuatro veces al mes, y cuesta el ínfimo precio de tres reales. Se suscribe en la administracion de este periódico.

EL TEATRO ESPAÑOL.—Periódico de teatros publicado por el conocido escritor D. Roque Barcia. Sale á luz en Madrid cuatro veces al mes al precio de seis reales. Se suscribe en la redaccion de este periódico.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, en la redaccion del *Pensil de Iberia*, calle del Sacramento núm. 33, en la Revista Médica, plaza de la Constitucion núm. 11, y en la librería de Fábregas hermanos, calle de la Verónica.—Alicante, D. Basilio Planelles, D. Antonio Pino.—Almería, D. Diego Mayoral.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijóo.—Algeciras, D. Vicente García, D. Rafael de Muro.—Almadén, D. Francisco Ponce, D. Julian de la Puerta.—Alcañiz, D. Felipe Ibañez.—Antequera, D. Diego Galban.

EDITOR RESPONSABLE,

DON PEDRO LUIS CARNIAGO.

Cádiz: 1859.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de don Juan B. de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.